

ce precisamente á las clases vencidas. Llegó á creer que la idea era suya, como se lo repetía Leonor día y noche, por consejo de su amigo Châtelard.

Fué un escándalo en toda la burguesía de Beauclair. Se dieron pasos, se procuró que interviniera el presidente Gaume, habiéndose negado el subprefecto, que declaraba á voces el caso escandaloso, y que no quería mezclar en él á la administración. Tampoco aceptó el presidente, que vivía muy retirado, sin ver á nadie desde el día en que su hija Lucila, sorprendida en flagrante delito con un pasante de notario muy joven, había tenido que refugiarse en su casa. Se emplearon los grandes medios. Jollivet, el capitán, yerno de Gaume, después de separado de su mujer, se había lanzado en la reacción con furia loca. Mandaba tales artículos al «Diario de Beauclair», que Lelieu, el impresor, alarmado con el giro que tomaba aquello, y comprendiendo la necesidad de estar con el más fuerte, le había cerrado á lo mejor la puerta, deseando cambiar de partido. Desarmado, ocioso, el capitán paseaba su cólera impotente, cuando se le invitó á que influyera con el presidente, con el cual no había roto por completo. Fué á verle, y cuando salió, á las dos horas, no había sacado de su suegro más respuestas evasivas, pero él se había reconciliado con su mujer. Al día siguiente volvía ella al domicilio conyugal; el capitán perdonaba esta vez con la formal promesa de no volver ella á las andadas. Beauclair vió estupefacto tal desenlace, y acabó aquello en una gran carcajada.

Fueron los Mazelle los que consiguieron que confesara el presidente Gaume, por azar y sin tal misión. Solía pasear por las mañanas por el boulevard de Magnolles, largo y desierto, con la cabeza baja, las manos á la espalda, meditando sombrío. Se le iban encorvando los hombros, como bajo el hundimiento final; parecía aniquilado tras una existencia fallida, por el mal que había hecho y el bien que no podía hacer. Cuando levantaba un instante los ojos, mirando á lo lejos, parecía esperar de lo desconocido, del mañana, algo que no llegaba, que él no vería. Los Mazelle lo encontraron yendo á la iglesia y se le acercaron para

saber su opinión sobre los asuntos públicos, temiendo que les trajeran algún desastre personal.

—Y vamos á ver, señor presidente, ¿qué dice usted de lo que pasa?

Levantó la cabeza, miró un instante á lo lejos y dijo como hablando consigo mismo:

—Digo que tarda mucho en venir el huracán de verdad y de justicia, que acabará por llevarse este mundo abominable.

Los Mazelle, asustados, murmuraron: —¡Cómo, cómo... nos mete usted miedo porque sabe que no somos muy valientes! Sí, sí, la broma de siempre.

Gaume, vuelto en sí, reconoció á los Mazelle, pálidos, asustados, temblando por su dinero y su pereza. Sonrió con ironía desdeñosa, y dijo:

—¿Qué tienen ustedes? El mundo durará todavía veinte años, y si ustedes viven, se consolarán de los disgustos de la revolución asistiendo á cosas interesantes. A su hija es á quien debiera preocuparle el porvenir.

—Justamente—dijo la señora Mazelle en son de queja.—Luisa no se preocupa. ¡Oh! absolutamente nada. Tiene trece años apenas y encuentra muy gracioso lo que sucede, oyéndonos hablar de ello, naturalmente, día y noche. Se ríe mientras nosotros rabiamos. Cuando le digo: «¡Pero, infeliz, no tendrás un cuarto!», me responde saltando como una cabra: «¡Pues me tiene sin cuidado; para que veas, así estaré más contenta!» Así y todo, es muy salada, aunque nos da pocas satisfacciones.

—Sí—dijo Gaume,—es una niña que anhela vivir por sí misma. Hay de eso.

Mazelle, perplejo, aún temía que se burlaban de ellos. La idea de que la fortuna hecha en diez años y la deliciosa holganza soñada desde la juventud, podían desaparecer, teniendo acaso que trabajar como todos, le angustiaba de modo que venía á ser un primer castigo.

—Pero la renta, señor presidente, ¿qué será de ella según usted, si todos estos anarquistas llegan á trastornar el mundo? Usted recordará á ese señor Lucas que tan mal papel representa y nos daba broma con

la supresión de la renta. ¡Para eso, que nes degüellen en medio de un monte!

—Duerman en paz—repitió Gaume con tranquila ironía;—la sociedad nueva los alimentará si no quieren trabajar.

Los Mazelle se fueron á la iglesia, donde hacían arder varios cirios por la curación de la señora Mazelle, desde un día que el doctor Novarre había dicho sin rodeos que no estaba enferma. ¡Que no! Y su enfermedad la cuidaba ella amorosa hacía tantos años, y de ella vivía, pues era su ocupación, su recreo, su razón de ser. El médico la creía incurable, pues la abandonaba, y ella, aterrada, se volvía á la religión, encontrando un gran consuelo.

Por el desierto boulevard de Magnolles paseaba también Marle, el cura, leyendo su breviario. Pero con frecuencia dejaba caer la mano que sostenía el libro, y seguía andando con lentitud, también perdido en el fondo de negros pensamientos. Todas aquellas novedades habían dejado todavía más sola su iglesia; quedaban las tres viejas de pueblo, estúpidas, testarudas, mezcladas con algunos burgueses que sostenían la religión como última muralla de la buena sociedad que se hundía. Desiertas las iglesias católicas, otra civilización comenzaría; por eso tal público no consolaba á Marle, que sentía el vacío, más cada vez, en torno de su Dios. En vano Leonor, la alcaldesa, adornaba con su presencia las ceremonias del domingo y en vano abría la bolsa para los gastos del culto; conocía el cura su indignidad, su pecado crónico de adulterio que el pueblo entero aceptaba y que él mismo había tenido que cubrir con el manto de su ministerio sagrado, pero que reprobaba, como una condenación de que sería responsable. Aún menos le bastaban los Mazelle, pueriles, de bajo egoísmo, que acudían á él pidiendo al cielo la dicha personal, colocando sus oraciones como habían colocado su dinero, para sacarle los réditos. Y todos así, en esta sociedad que llegaba á su fin sin la verdadera fe que en los primeros siglos había fundado el poder de Cristo, sin la abnegación y la obediencia total, necesaria hoy, sobre todo, para la omnipotencia de la Iglesia. No trataba de en-

gañarse á sí mismo; los días estaban contados, y si Dios no le llamaba á sí, pronto tal vez asistiría á la terrible catástrofe: el campanario desplomándose, hundiéndose el techo de la nave, aplastando el altar.

Con tal pesadilla se paseaba horas y horas, pero la ocultaba, fingía valor, altivo, desdeñando los sucesos de un día con el pretexto de que la Iglesia era dueña de la eternidad. Pero cuando se encontraba con el profesor Hermeline, airado siempre ante el buen éxito de los métodos de la Créchérie, muy cerca de pasarse á la reacción en nombre de la salvación de la república, ya no discutía con la acritud que antes, y se encomendaba á Dios; pues Dios permitía, de seguro, aquellas naturalezas anárquicas para lanzar el rayo sobre los enemigos y hacer en seguida brillar su triunfo. El doctor Novarre decía en broma que el cura abandonaba á Sodoma en la víspera de la lluvia de fuego. Sodoma era Beauclair, burgués y egoísta, condenado á la destrucción para dejar el puesto á la ciudad de salud y de alegría, de paz y de justicia. Todo anunciaba el último estallido; el salario en la agonía; la burguesía, loca, se hacía revolucionaria; el sálvese el que pueda de los intereses llevaba á los vencedores las fuerzas vivas del país, y lo demás lo barrería el viento. Esta visión era la que llenaba de amargura al pobre Marle, cuando paseaba meditabundo bajo los árboles del boulevard de Magnolles.

A veces se encontraban Gaume y el cura. Primero no se veían; caminaban paralelos, baja la cabeza, abstraídos. Cada cual daba vueltas á su pena; la religión agotada no quería morir; la justicia se desesperaba por lo que tardaba en nacer. Pero al fin, levantaban la cabeza, se reconocían y había que decir algo.

—Mal tiempo tenemos, señor presidente; tendremos agua.

—Mucho lo temo, señor cura. Este mes de Junio es muy frío.

—¡Ah! qué quiere usted; ahora todas las estaciones están trastornadas. En nada hay equilibrio.

—Es verdad; y con todo, la vida continúa; el sol benéfico lo pondrá acaso todo en su sitio.

Después, cada cual volvía á su paseo solitario, me-

ditando, paseando así la eterna lucha del porvenir y del pasado.

Donde más efecto hizo la evolución de Beauclair, fué en el Abismo. A cada nuevo éxito bueno de la Crécherie, Delaveau tenía que desplegar más actividad, inteligencia y valor; naturalmente, lo que hacía prosperar á la fábrica rival, para él era un desastre. El descubrimiento de excelentes filones en la mina abandonada, fué un golpe terrible, por la baja del precio de la primera materia. Ya no podía luchar con el hierro y el acero del comercio, y hasta padecía la fabricación de cañones y granadas. Habían bajado las salidas desde que el dinero de Francia se dirigía sobre todo á las construcciones de paz y solidaridad social, ferrocarriles, puentes, toda clase de edificios en que el hierro y el acero triunfaban. Lo peor era que los pedidos que se repartían entre algunas casas, ya no bastaban para su ganancia, aunque habían realizado el proyecto de matar una de las fábricas para mejorar el mercado; y ahora, siendo el Abismo la menos sólida, era la que sus rivales se decidían á rematar sin compasión. Las dificultades eran mayores porque los obreros ya no eran fieles. La puñalada de Ragú había hecho gran efecto. Después, Bourron, convertido, llevándose á Fauchard, había determinado un movimiento en favor de la Crécherie. La experiencia no dejaba lugar á dudas; en la Crécherie ganaban el doble los obreros, trabajando ocho horas, sin contar las demás ventajas: las casitas agradables, las escuelas siempre alegres, la Casa Comunal siempre en fiestas, los Almacenes Generales reduciendo en una tercera parte los precios de consumo, en fin, tanta salud y tanto bienestar. Nada prevalece contra los números; los obreros del Abismo reclamaron aumento de tarifas, queriendo ganar tanto como los de la Crécherie. Como era imposible satisfacerlos, muchos se marcharon y se fueron, naturalmente á donde encontraron aquellas ventajas. Lo que paralizaba á Delaveau era la falta de un fondo de reserva; pues, no queriendo darse por vencido, pensaba que hubiese resistido largo tiempo y al fin triunfado, si hubiese tenido en caja algunos cientos de miles de francos para

atravesar la crisis que creía pasajera. ¿Cómo luchar sin dinero? La deuda creada era ya una carga terrible. Luchaba como un héroe, poniendo toda la vida en el empeño de salvar el pasado, la autoridad, el salario, la sociedad burguesa y capitalista; y quería además sacar el capital puesto en sus manos, las ganancias prometidas.

En el fondo, el no poder cumplir á Boisgelin esta promesa, era su mayor pena; y su fracaso se materializaba cruelmente los días en que tenía que negarle dinero. Aunque el último inventario había sido desastroso, Boisgelin no quería disminuir en nada el tren de la Guerdache, excitado por la misma Fernanda, que trataba á su marido como bestia de carga, á quien hay que sacar sangre para hacerla trabajar cuanto pueda. Desde el atentado afrentoso de Ragú, que Fernanda guardaba y escondía en lo más hondo de su carne, buscaba loca el placer, insaciable. Parecía más joven, más hermosa, con cierto desvarío en la mirada, por un deseo imposible nunca saciado. Alarmaba á los amigos de la casa: Châtelard decía al alcalde en confianza que aquella mujer iba á cometer alguna gran atrocidad que daría qué sentir á todos. Hasta entonces se había contentado con hacer de su casa un infierno, echando á Boisgelin sobre su marido para pedirle sin cesar dinero, lo cual desesperaba á Delaveau. La malvada todavía le azuzaba revolviendo el hierro de la herida. Y él seguía adorándola, la creía inocente, sin mácula posible.

Llegó Noviembre, adelantándose los grandes fríos. En este mes los vencimientos eran tales que Delaveau sintió temblar la tierra. No tenía en caja el dinero necesario. La víspera de los pagos, se encerró en su despacho para reflexionar y escribir cartas, mientras Fernanda se iba á comer á la Guerdache. Sin saberlo ella, había él tenido aquella mañana una conversación decisiva con Boisgelin; después de exponerle con brutal franqueza la terrible situación, le había decidido á reducir sus gastos.

Hasta le había aconsejado vender la Guerdache.

Y ahora, solo en su despacho, se paseaba lentamente, acivando, como por máquina, de vez en cuando,

la gran hoguera de cok que ardia en una pequeña estufa de palastro colocada delante de la chimenea. No había más solución que obtener tiempo, escribir á los acreedores, que no podían querer que se cerrase la fábrica. Pero no se apresuraba; escribiría las cartas después de comer; y seguía meditando, yendo de una ventana á otra, volviendo siempre á pararse delante de aquella por la cual veía los inmensos terrenos de la Crécherie, hasta el parque lejano, hasta el pabellón que Lucas habitaba. El sol poniente, en un cielo de una pureza de cristal, alumbraba á la ciudad naciente con una claridad de oro pálido sobre un fondo de púrpura, con delicadeza infinita. Jamás la había visto así, tan pura, tan vibrante, tan distinta; podría contar las ramas de los árboles, distinguía los menores detalles de las casas, los vivos colores de los azulejos. Por un momento, á los rayos oblicuos del sol todas las ventanas se inflamaron semejando centenares de fuegos de artificio. Fué una apoteosis, la gloria. Y él lo miraba, separando las cortinas de cretona; pegado el rostro á la vidriera, presenciaba aquel triunfo.

Como Lucas, que muchas veces desde el otro lado miraba el progreso de su ciudad, que amenazaba invadir el Abismo, Delaveau, de esta parte, solía también contemplarla en su amenaza de conquista. ¡Cuántas veces, ante aquella ventana, había visto la marea de casas subir hacia el Abismo! Venía de muy lejos, del fondo de los terrenos incultos y desiertos; primero una casa, luego otra; las olas se habían multiplicado sin fin y ya estaban á pocos pasos. Era la invasión terrible de la mañana, todo el pasado barrido, el Abismo, y hasta Beauclair, reemplazado por la nueva ciudad triunfante. Delaveau calculaba aquel progreso previendo el día del peligro mortal. Lo había creído conjurado en la época en que la Crécherie atravesaba una gran crisis. Pero de nuevo la ciudad se había puesto en marcha, con tal empuje, que hacía temblar las viejas paredes del Abismo. Pero él no quería ceder, luchaba con la evidencia, buscaba en su energía la muralla necesaria.

Pero aquella tarde temía, vacilaba. ¿No había hecho mal, antaño, dejando marcharse á Bonnaire? Re-

cordaba sus palabras proféticas, cuando la huelga; y desde el día siguiente, Bonnaire había ayudado á fundar la Crécherie. Después, el Abismo no había hecho más que declinar; Ragú lo había manchado con un asesinato; Bourron, Fauchard y los demás lo dejaban ahora como lugar de ruina y de maldición. A lo lejos, la ciudad nueva brillaba deslumbradora á los rayos del sol. Un arranque de cólera le devolvió su energía, las creencias de toda su vida. ¡No, no! había tenido razón, la verdad estaba en el pasado, no se sacaba nada de los hombres más que doblegándolos bajo la autoridad del dogma; el salario seguía siendo la ley del trabajo, fuera de la cual había la demencia y las catástrofes. Corrió las grandes cortinas de cretona; ni quiso ver más; encendió la lámpara eléctrica y se volvió á meditar en su despacho, bien cerrado, que la hoguera de la chimenea tenía muy caliente.

Después de comer, Delaveau se puso á escribir las cartas de que esperaba la salvación. Era la media noche y aún estaba terminando esta correspondencia tan pesada, tan molesta. Pero ya dudaba, temía otra vez: ¿se salvaría con aquello, aun admitiendo que le diesen prórroga? Muerto de fatiga, había dejado caer la frente entre las manos, sumido en su angustia inmensa. En aquel momento se oyó el ruido de un coche, luego voces; era Fernanda que volvía de la Guerdache y que mandaba á los criados acostarse. Entró en el despacho con fiero ademán; la voz nerviosa de una mujer airada que contuvo y rumió su cólera muchas horas.

— ¡Dios mío! ¡qué calor hace aquí! ¿Se puede aguantar un fuego semejante?

Se dejó caer en una butaca y desabrochó y arrojó de sí el magnífico abrigo de pieles que le cubría los hombros. Apareció entonces adorable, de belleza maravillosa, toda de seda y encajes blancos, muy escotada, seno y brazos desnudos. Era un lujo que no asombraba al marido, que ni veía siquiera, pues sólo amaba de ella la deliciosa criatura ante la cual el temblor del deseo siempre le había dominado, obediente sin discernimiento ni fuerza. Jamás mayor embriaguez voluptuosa había emanado de ella.

Pero cuando, con zumbidos en la cabeza todavía,

sentado á su bufete, la miró un momento, se alarmó:
—¿Qué tienes, querida mía?

Su excitación era visible. Sus grandes ojos azules de morena que acariciaban casi siempre, brillaban ahora con ardor sombrío. La boca pequeña de falsas sonrisas amables, entreabierta, enseñaba los dientes. Todo su rostro, de óvalo delicioso, bajo la negra cabellera, se hinchaba anhelando violencia.

—¿Qué tengo yo?—dijo por fin temblando.—No tengo nada.

Volvió el silencio, y en la gran paz muerta del invierno, se oyó el fragor del Abismo en su faena que sacudía la casa con temblor continuo. Por lo común, ni siquiera lo notaban. Pero aquella noche, aunque los pedidos habían disminuído mucho, se acababa de poner en actividad el martillo-pilón de veinticinco toneladas, para forjar de prisa el tubo de un gran cañón; y el suelo temblaba; las vibraciones de cada golpe parecían retumbar en el despacho mismo, comunicándose por la galería de madera que lo unía á la fábrica.

—Vamos, tú tienes algo—añadió Delaveau.—¿Por qué no me dices lo que tienes?

Dejó ella escapar un gesto de furiosa impaciencia y respondió:

—Subamos á acostarnos; será lo mejor.

Pero no se meneaba; sus manos retorcián febriles el abanico y una rápida respiración la movía el seno desnudo. Al fin dijo lo que estaba sofocando.

—¿De modo que has ido á la Guerdache esta mañana?

—Sí, he ido.

—¿Y es verdad lo que Boisgelin acaba de contarme? ¡que la fábrica está en peligro de quiebra, que estamos en vísperas de ruina, hasta el punto que va á haber que comer pan solo y llevar vestidos de lana!

—Sí, he tenido que decirle la verdad.

Temblaba ella, se contenía para no dejar estallar en seguida las quejas y las injurias. Era un hecho, sus goces estaban amenazados, perdidos. La Guerdache no daría más fiestas, ni banquetes, ni bailes, ni cacerías. Se cerrarían las puertas. ¿No le había con-

fosado Boisgelin que acaso tendrían que vender? Y adiós también la vuelta á París con millones. Todo lo que había creído al fin suyo, la fortuna, el lujo, el placer saboreado, agotado en su continuo refinamiento de la sensación, se hundía. Sólo veía en torno ruinas; y aquel Boisgelin acababa de exasperarla por su blandura, doblando cobarde la cabeza ante el desastre.

—Nunca me dices nada de nuestros negocios—añadió con acritud.—Parezo una bestia; me ha caído esto encima de la cabeza como si se hundiera el techo. Y entonces, ¿qué es lo que vamos á hacer, dílo?

—Vamos á trabajar, no hay otra salvación posible. Pero ella ya no le oía.

—¿Has podido creer un instante que voy á consentir en no tener nada que echarme encima, en llevar tacones torcidos y volver á la miseria cuyo recuerdo es una pesadilla? ¡Ah, no, yo no soy como vosotros, yo no quiero! Es preciso que os arregléis, Boisgelin y tú; yo no quiero volver á ser pobre.

Y siguió; dejó salir todo lo que tenía dentro. La miserable juventud, cuando á los veinte años, mantenida por su gran belleza, seducida, luego abandonada, toda aquella aventura odiosa sepultada en lo más secreto de ella misma. Su matrimonio de cálculo y de razón; Delaveau aceptado á pesar de su fealdad y condición ínfima, porque necesitaba un apoyo, un marido que utilizaría. La racha de fortuna del Abismo, el buen resultado de su cálculo, el marido convertido en ocasión y garantía de su victoria, Boisgelin conquistado, la Guerdache suya. Y durante doce años todo lo que su perversa voluptuosidad, con un fondo de crueldad innata, había saboreado allí, raro, exquisito; saciando apetitos locos, aplacando el rencor amontonado desde la infancia, feliz con la mentira, el perjurio, la traición, el desórden y la ruina que traía, feliz sobre todo por las lágrimas que hacía verter á Susana. ¡Y aquello no duraría siempre; volvería vengida á la antigua pobreza!

—¡Arregláos! ¡arregláos! Yo no quiero andar desnuda. Yo no cambiaré absolutamente nada de mi modo de vivir.

Delaveau, ya impaciente, encogió los hombros for-

nidos. Había apoyado sobre los puños su cabeza maciza de perro dogo, de mandíbulas prominentes; y la mirada con aquellos ojos negros, tan grandes, congestionado el rostro por causa del mucho fuego, medio escondido en el collar de barba negra.

—Amiga mía; razón tenías antes; no hablemos de estas cosas, porque esta noche no estás muy razonable. Bien sabes que te quiero mucho; estoy dispuesto á cualquier sacrificio porque tú no padezcas. Mas espero que te resignarás como yo, que voy á batirme hasta el último aliento. Si hace falta, me levantaré á las cinco, viviré con una corteza de pan y consagraré á nuestro negocio el día entero con rudo trabajo, y de noche me acostaré muy contento. ¡Qué importará, Dios mío, que lleves vestidos modestos y que te pasees á piel! La otra noche me decías que estabas cansada de todos esos placeres, siempre iguales.

Era verdad, sus ojos azules, tan suaves, se turbaron, parecían casi negros. Hacía algún tiempo que sentía dentro de sí un estrago, destruida poco á poco por el deseo loco, que no sabía cómo saciar. La espantosa voluptuosidad gozada con el brutal Ragú la asediaba con el aguijón de una curiosidad perversa, que pedía exasperada sensaciones nuevas. Jamás había sentido espasmo tan agudo ni en brazos del trabajador Delaveau, siempre con prisa, preocupado, ni en los del ocioso Boisgelin, tan correcto, casi indiferente. La inspiraban éstos un sordo rencor, por lo poco que la divertían, y pensaba furiosa que jamás gozaría ya con nadie. Por esto acababa de acoger con desprecio insultante las lamentaciones de Boisgelin cuando le había explicado la necesidad de reducir los gastos. Por eso volvía tan furiosa, con tanto odio, hinchada por el ansia de morder y destruir.

—Sí, sí—murmuró;—estos placeres siempre iguales. ¡Oh, no eres tú quien me ha de dar otros nuevos!

Temblaba el suelo con los golpes del martillo-pilón. Y volvió á ver á Ragú medio desnudo, arrojándola sobre el montón de harapos inmundos, poseyéndola entre las llamaradas de los hornos. ¡Y nunca más! Y sintió redoblar el odio salvaje á su marido.

—Culpa tuya es lo que sucede. Se lo he dicho á

Boisgelin. Si hubieras comenzado por estrangular á ese miserable Lucas Froment, no estaríamos en vísperas de ruina; pero tú nunca has sabido dirigir tus negocios.

Delaveau se levantó de un salto, conteniendo todavía el arrebato que le amenazaba.

—Vamos á acostarnos. Acabaría por hacerme decir lo que luego me pesaría.

No se movió ella; y continuó tan amarga, tan agresiva, acusándole de haber causado su desgracia, que acabó él por exclamar, brutal á su vez:

—Pero, hija; al fin y al cabo, cuando nos casamos no tenías un cuarto; tuve yo que comprarte camisas, ibas á verte en la calle, y á estas horas, ¿dónde estarías?

Insultante, haciendo avanzar el pecho, con ojos asesinos, respondió ella:

—Pero, oye, di, ¿piensas que, hermosa como era, hija de un príncipe, hubiera aceptado un hombre como tú, feo, vulgar, sin posición, si hubiera tenido pan siquiera? ¡Mírate, mírate, amigo mío! Te he querido porque te comprometiste á conquistar para mí la fortuna, una situación regia. Y si te digo todo esto, es justamente porque no has cumplido ninguno de tus compromisos.

Se había plantado él delante de ella; la dejaba decir apretando los puños, haciendo esfuerzos para conservar su sangre fría.

—¿Oyes?—repitió ella con una obstinación furiosa;—ninguno de tus compromisos, ninguno. Ni conmigo, ni con Boisgelin, pues tú eres quien ha arruinado á ese pobre hombre. Tú le has decidido á entregarte su dinero, le has prometido rentas fabulosas, y ahora tampoco va á tener con qué comprarse unos zapatos. Amigo mío, cuando no se es capaz de dirigir un gran negocio, se sigue siendo un empleadillo, se vive en su agujero con una mujer bastante fea y bastante bestia para sacudir el polvo á los niños y repasar calcetines. Esto es la bancarrota, y la culpa es tuya, sí, ya lo oyes, tuya, ¡sólo tuya!

No pudo él contenerse más. Lo que ella le decía tan barbaraemente, le retorció el puñal en el corazón y en la conciencia. ¡El, que la había amado tanto,